

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

De identidades y Relaciones Internacionales: Crítica al constructivismo, relaciones de poder y el lugar de los intereses nacionales.

Mariela Cuadro

I. Introducción: Crítica al constructivismo

¿Por qué incorporar el estudio de la identidad (y, por consiguiente, de la otredad) a las Relaciones Internacionales? Porque éstas se sostienen sobre relaciones de poder y, tal como plantea Chantal Mouffe, “el poder se encuentra en la esencia misma de la constitución de las identidades” (Mouffe, 2007: 96).

Es llamativo, sin embargo, que aquellos que introdujeron la cuestión de la identidad en nuestra disciplina (los constructivistas) pugnen por alejar al poder de sus análisis. Esto puede ser explicado, por un lado, por el carácter liberal del que está imbuida esta corriente y su estela de cosmopolitismo del mismo tipo; y, por otro lado, por el hecho de haber emergido como resistencia fundamentalmente al neorrealismo, corriente que coloca al poder en el centro de sus reflexiones. De allí que el constructivismo haya intentado hacer de “lo cultural” su hogar, como si saber y poder pudieran funcionar escindidos. De allí que, tal como sostiene Federico Merke, corran el riesgo de reificar las identidades (Merke, s/f). Creemos que, en efecto, lo hacen, al plantear a las identidades como aquello que determina el interés nacional, pero sin responder a la pregunta acerca de cómo se construyen esas identidades determinantes. En efecto, la corriente mayoritaria dentro del constructivismo (a cuya cabeza ubicamos a Alexander Wendt), problematiza la formación de los intereses nacionales, pero comprende a las identidades como formándose a partir de un punto que resta sin explicación: ciertas representaciones primeras (no resultantes de una interacción social) que los Estados tendrían de sí mismos.

Para hacer una primera aproximación a la crítica que aquí quiere plantearse, digamos que, en síntesis, ésta pasa por dos puntos fundamentales: 1) el “olvido” del rol que juegan las relaciones de poder (entendiéndolas como un complejo de poder y saber) en la política internacional y 2) el modo de concepción de la identidad y el rol que ésta juega en la delimitación y posterior efectuación de los intereses nacionales. Ambos puntos están fuertemente vinculados, pues son los que posibilitan una teoría

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

basada en el interaccionismo simbólico y de un fuerte determinismo cultural que, sin embargo, para ser desplegada, precisa comenzar por suponer una suerte de “estado de naturaleza” en el que Alter y Ego, en tanto individualidades pre-dadas, se encuentran. Ambas no acuden al encuentro vacías, sino que traen consigo su materialidad bruta (cuerpos y necesidades asociadas) y un bagaje “representacional en la forma de algunas ideas a priori acerca de quiénes son” (Wendt, 1999: 328). Este último bagaje funciona como el “punto de inicio” para la interacción, es decir, para la constitución de identidades. Cómo se construye ese núcleo duro y primero de la identidad que luego será moldeada a través de la interacción social, permanece como misterio. Y es allí, en ese enigmático punto oscuro, donde encontramos la ausencia de las relaciones de poder y la necesaria reificación de las identidades por parte de una corriente que se propone incorporarlas al análisis de las Relaciones Internacionales.

Creemos que el problema principal del constructivismo radica en quedar apresados en una lucha a muerte entre materialismo e idealismo y colocarse definitivamente del lado del último. En efecto, frente al determinismo material del neoutilitarismo (nombre que da Ruggie a la “alianza” entre neorrealismo y neoliberalismo (Ruggie, 1998)), esta corriente se parapeta sobre un determinismo cultural que, al escindir de este ámbito al poder, hace agua en puntos nodales de su teoría explicativa. Claro que el hecho de que haya tomado partido en este sentido y de ese modo en particular no es casual: el constructivismo busca terminar con una concepción hobbesiana de las Relaciones Internacionales a fin de bregar por el establecimiento de un cosmopolitismo liberal.

La crítica a la ontología hobbesiana radica en que ésta -ya sea neorrealista o neoliberal- postula una “representación primera” de los Estados como sistemas de auto-ayuda en los que las identidades son constituidas de forma negativa. Esto no supone necesariamente el sostener la imposibilidad de la cooperación (es por esto que traen a colación al institucionalismo neoliberal), pero sí plantear al Estado como siendo portador de una naturaleza egoísta. Desde la mirada constructivista, esta “representación primera” es voluntaria, pues los actores tienen la posibilidad de elegir los roles a tomar vis-à-vis el otro. Como la voluntad media aquí, la constitución de un régimen internacional cosmopolita sería posible si se cambiara esa “estructura de identidades e intereses” (Wendt, 1992). Esto -reconocen sin embargo- no es tan sencillo como pareciera, puesto que son modos sedimentados difíciles de cambiar. En este marco, en el libro *Social Theory...* de Wendt, aparece una fugaz referencia al lugar que el poder jugaría en la asignación de roles. En este sentido, afirma el autor, “donde hay un desbalance de la capacidad material relevante, los actos sociales tenderán a evolucionar en la dirección favorecida por el más poderoso” (Wendt, 1999: 331). Creemos que, entonces, el carácter volitivo se hace pedazos.

Consideramos fundamental, entonces, la incorporación de las relaciones de poder al estudio de la constitución de identidades y al rol que éstas juegan en la

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

política internacional en general y en la efectuación de la política exterior en particular. Ahora bien, no postularemos aquí, una vez más, una vuelta a un determinismo “material” que toma a las identidades como datos dados. En este sentido, creemos que la relación inextricable que estableció Michel Foucault entre poder y saber puede sernos de mucha ayuda. En efecto, éste estableció que las relaciones de poder no pueden ni disociarse, ni establecerse, ni funcionar, sin una producción, una acumulación, una circulación, un funcionamiento del saber, instanciado en el dispositivo discursivo. Este último fue provisto de materialidad no sólo porque necesita un soporte material para ser (la voz, la escritura), sino porque, asimismo, posee condiciones y efectos materiales, en la “realidad”. Estamos sometidos a la producción de verdad desde el poder y no podemos ejercitar el poder más que a través de la producción de verdad. De allí la importancia de entender a las identidades como instancias discursivas.

II. Acerca de la identidad y los procesos de identificación

Sostiene Alexander Wendt que la identidad es una propiedad que supone una determinada auto-concepción que debe ser refrendada por los otros; en este sentido, las identidades están constituidas tanto por estructuras internas como externas (Wendt, 1998: 224). Aquí vemos aquello de lo que hablábamos más arriba: desconocemos cómo se forma esa auto-concepción primera, por qué se forma de esa manera y no de otra. Nuestra posición es radical al respecto: En ningún caso, en ninguna instancia, hay factores identitarios naturales porque las identidades son, por definición, sociales. No sólo porque el lenguaje lo es –y las identidades son inescindibles del lenguaje representativo, lo veremos más adelante-, sino porque no existe identidad –Yo- que no tenga por función establecer una diferenciación de un Otro. Es por esta razón que sostenemos que no se puede pensar la identidad sin, al mismo tiempo, estar pensando la otredad. Es por esto que las identidades estatales son construidas al interior de relaciones interestatales que, en tanto relaciones políticas, son relaciones de poder. Desde que en este momento histórico las Relaciones Internacionales son relaciones atravesadas por el poder, plantear la construcción de identidades olvidando este rasgo fundamental, es mutilar a las identidades estatales de su naturaleza eminentemente política (y, por tanto, contingente, histórica) y perder de vista la construcción de determinados tipos de identidades en su rol instrumental.

Para evitar esencializaciones de este tipo, desde aquí preferimos el término procesos de identificación: creemos que esta noción da cuenta de aquello que queda poco claro en la concepción constructivista. Pues entender las identidades en tanto procesos de identificación pone el acento precisamente en su carácter de construcciones y nos permite hacer jugar en su proceso de producción contextos históricos de emergencia signados por determinadas relaciones de poder. Porque el

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

concepto de identidad se nos presenta como una fosilización de una relación dinámica entre un Yo y un Otro: entre dos particularidades. En efecto, sostenemos junto con Louiza Odysseos, Edward Said y muchos otros (Odysseos, 2007; Said, 1996) que el Yo es por definición heterónimo, pues la identidad yoica se conforma en una relación real con otros. Una relación que no supone necesariamente oposición –y aquí nos separamos de la ontología hobbesiana que atraviesa a las corrientes hegemónicas en las Relaciones Internacionales-, pero que sí presenta (en este momento histórico) el riesgo de caer en ella. Los mecanismos de identificación son, entonces, tanto positivos como negativos; es precisamente esta característica lo que permite el movimiento dialéctico de inclusión y exclusión.

Las identidades propias y ajenas se nos aparecen, entonces, como resultados sedimentados de cierta estructura de relaciones de poder que posibilita constituir las de acuerdo a intereses más o menos coyunturales. En efecto (afirmémoslo desde ahora) consideramos –en oposición a la corriente hegemónica dentro del constructivismo que postula que las identidades determinan los intereses- que los distintos modos de construcción de identidades y otredades son instrumentalizados con el fin de efectivizar intereses nacionales. Esto no significa que no admitamos la existencia de núcleos más duros en la construcción de identidades, rasgos más duraderos, a los que hace referencia el concepto de “fuerzas profundas”. Sin embargo, creemos que estos tienen múltiples interpretaciones que se adaptan según el interés nacional definido y en juego y las relaciones de poder que les sirven de marco. De esta manera, y dependiendo de distintas circunstancias y contextos estructurales, las llamadas “fuerzas profundas” emergen, se ocultan, ocupan lugares centrales o periféricos en el discurso, incluso se transforman, adoptan nuevos sentidos. De este modo, los procesos de identificación, si bien sedimentados por momentos en identidades fetichizadas, son flexibles. Este es el único modo en que las identidades pueden forjar alianzas políticas, en las que pueden perpetrar políticas hegemónicas, pues pueden transformarse para incorporar a un otro construido como diverso (Grüner, 2005). Postular la noción de identificación en lugar de la de identidad implica reconocer la ambigüedad que habita en el centro de toda definición yoica. Así, la identidad puede transformarse y abarcar, hasta un punto, lo heterogéneo.

Si los procesos de identificación constituyen el aspecto dinámico de la constitución de identidades, aquello que subraya su carácter histórico, estas últimas, construidas siempre retroactivamente (Zizek, 2003) como homogeneidades esencializadas, están formadas a partir de ciertos rasgos que son planteados como dados y ahistóricos. La crítica a esta noción de identidad como objeto ya-dado, no problematizado, entonces, nos permitirá pensar las identidades como contingentes, coyunturales, históricas. Étienne Balibar sostiene que “*no hay identidad ‘idéntica a sí misma’, (...) toda identidad es fundamentalmente ambigua*” (Balibar, 2005: 62). Lo que esta afirmación pone en cuestión es, precisamente, el rasgo fundamental de lo que se entiende corrientemente por identidad. En efecto, se supone que ésta contesta a la pregunta

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

acerca de quién soy unificando en una única respuesta una multiplicidad de modos de ser. En este sentido, la identidad funciona como reductora de complejidad transformando una multiplicidad en una homogeneidad. Lo que se sostendrá, en última instancia, es que la identidad entendida como unidad es imposible pues la completa homogeneidad lo es; de ahí la imposibilidad de una identidad humana, sin fisuras, que plantea el cosmopolitismo liberal.

Existe, sin embargo, en este punto una tensión necesaria: en tanto la homogeneidad es constantemente requerida y se instauran distintas instituciones que funcionan como reductoras de complejidad, la homogeneidad es inalcanzable, resultando de este proceso siempre un resto no homogeneizable que pone en duda la identidad y obliga al movimiento. De aquí, entonces, que no se hable de identidad pues ésta supone un yo total y completo, sino de procesos de identificación, dando cuenta así del movimiento en el que están insertas las identidades, imposibilitando una fosilización total. Imposibilitando, en última instancia, la constitución de una única identidad siempre igual a sí misma.

III. Las identidades como entes discursivos: La importancia del significativo y los modos de construcción de identidades.

Las fosilizaciones –si bien momentáneas-, sin embargo son necesarias. Esta afirmación va en la línea de responder a la pregunta acerca de cómo se ejerce el poder. Y aquí radica nuestro interés en las identidades como instancias discursivas que cumplen el rol de actualizar relaciones de poder. En efecto, siguiendo a Michel Foucault y a la lectura que de éste hace Gilles Deleuze, hemos hablado de la imposibilidad de escindir poder y saber (Deleuze, 2003). Pues el poder para realizarse precisa de una instancia formalizadora y, por tanto, formada: la encontrará en el saber, entendido como la trama de visibles y de enunciables, es decir, como todo aquello que en un momento histórico se puede ver y enunciar. Hemos afirmado al principio que “el poder se encuentra en la esencia misma de la constitución de las identidades” (Mouffe, 2007: 96), agregaremos ahora una nueva aseveración: la constitución de identidades es un modo de ejercicio del poder.

Ahora bien, de las múltiples formas que adopta el saber, aquí nos concentraremos en una: las prácticas discursivas como dispositivo de actualización de las relaciones de poder. Comencemos afirmando que todo discurso es un acontecimiento discursivo, que cada vez que emerge un determinado orden de discurso da cuenta de transformaciones que se produjeron en el seno de las relaciones de poder pues está allí para formalizarlas, para hacerlas efectivas. El orden del discurso, entonces, es un producto de un reacomodamiento de las fuerzas: los discursos no son creaciones de los sujetos sino de las relaciones de poder. No se puede decir cualquier cosa en cualquier tiempo o espacio. La configuración de las relaciones de poder determinará

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

el habla y los silencios, conformará determinadas condiciones de posibilidad de discurso (Gabilondo, 1990).

¿Por qué hablamos aquí de saber, de discurso? En principio digamos que las identidades son entes discursivos, es decir, que no existen más que en y a través del discurso. En efecto, junto con Balibar, Zizek, Laclau, Mouffe (Balibar, 2005; Zizek, 2003; Laclau, Mouffe, 2004) –entre otros-, sostenemos que las identidades son discursivas en tanto son nombres, significantes que homogeneizan una diversidad. Ahora bien, si el discurso se nos presentó como un dispositivo de actualización del poder, de allí se deduce que afirmar que las identidades son nombres, que son del plano de lo discursivo, no las deja exentas de participación en el ejercicio del poder, ni, por tanto, de materialidad: tienen efectos materiales.

¿Por qué afirmamos que las identidades son del plano de lo discursivo? Slavoj Zizek, sosteniéndose sobre Laclau y Mouffe, afirma que la identidad (en tanto fosilización) se establece a partir del establecimiento de un punto nodal que sutura significantes flotantes y fija su significado retroactivamente (Zizek, 2003). Esto quiere decir, en otras palabras, que la formación de una identidad es producto de una contingencia que agrupa una diversidad bajo un mismo significante que será lo que le dará a la primera sus rasgos específicos de acuerdo al contexto histórico. De esta manera, la identidad musulmana (en tanto identidad fosilizada) no tendrá el mismo contenido si se la observa desde una óptica “occidental” -posición desde la cual se llenará de características del tipo fanáticos, terroristas, suicidas y demás- que si se lo hace desde una óptica propiamente musulmana (suponiendo que ésta sea unitaria). Del mismo modo, Estados Unidos (también como identidad fosilizada) mirada desde países afectados por sus políticas será caracterizada como potencia imperialista, mientras que desde sí misma quizá pueda representarse como una potencia benigna, liberadora y democratizante (ver al respecto, Huntington, 1999). Cada una de estas caracterizaciones homogeneizantes, a su vez, tendrá ciertas condiciones de posibilidad para presentarse como tal (será más o menos escuchada y podrá representarse a sí misma) según las relaciones de poder, que señalarán no sólo aquello que pueda ser dicho, sino, asimismo, quiénes pueden decirlo.

Lo interesante de la lectura discursiva de las identidades planteadas por Laclau, Mouffe, Balibar y Zizek, entre otros, radica en que reconocen en la formación de identidades no sólo una sumatoria de cualidades que vendrían a organizar a una diversidad en torno a esas características, sino a que reconocen en las identidades así formadas, algo más que la suma de cualidades compartidas: un plus que ejerce un efecto de ahistorización, la “ilusión de que el sentido de un determinado elemento (que quedó retroactivamente fijado mediante la intervención del significante amo) estaba presente en él desde el comienzo como su esencia inmanente” (Zizek, 1999: 144). De esta manera, las particularidades que dieron forma a esa identidad se funden en una universalidad que aparece esencializada, es decir, eterna y natural (de

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

ahí que se puedan decir cosas tales como “los judíos/argentinos/musulmanes/etc. son así”). Esto último es, precisamente, aquello en lo que ponen su atención los autores mencionados: en la relación entre una nominación que es, por definición, contingente, y la lógica de la necesidad-ahistoricidad que se instala al transformarse esa nominación en una identidad. El afirmar que toda nominación es contingente es una postura basada en el anti-descriptivismo que se sostiene sobre la imposibilidad de significar lo Real tal y como es “en realidad”; en palabras de Žižek: “lo Real no contiene un modo necesario de ser simbolizado” (Žižek, 2003: 137). De ahí la importancia del discurso en las relaciones de poder: éstas configuran no sólo modos posibles de simbolización de lo Real, sino también, quiénes tendrán mayores posibilidades de imponer su significación particular y universalizarla. Es ahí, en el plano de la contingencia, que es el espacio de lo político, donde entran a jugar los intereses nacionales.

IV. Aspectos tácticos y estratégicos del discurso: Identidades y política exterior. El lugar de los intereses.

Si al principio del texto hemos emprendido una dura crítica al constructivismo es porque creemos que la construcción de identidades y otredades es un elemento fundamental para la comprensión de las relaciones de poder, también en el ámbito internacional. No sólo porque, en un nivel, consideramos a los modos de construcción de identidades y otredades como instrumentos que posibilitan la efectuación de determinados intereses nacionales, sino porque creemos que las formas de articulación de estos modos, es decir, los adjetivos a través de los cuales las identidades y las otredades son construidas, constituyen una invaluable herramienta de análisis de la política internacional. Con esto queremos decir que a lo largo de la historia existieron distintos ejes articuladores de identidades y otredades que señalaron los ejes por los que pasaban las relaciones de poder. Las emergencias de identidades nacionales, de clase, políticas, étnicas, civilizacionales, religiosas, etc. funcionan como hitos históricos que nos permiten preguntarnos por qué surgen determinados modos de articulación, qué está en juego en cada momento histórico para que aparezcan dichos caracteres identitarios y no otros en su lugar.

En *Social Theory...*, Wendt afirma: “Puede que las identidades sean elegidas de acuerdo a intereses (...) pero esos mismos intereses presuponen aún más profundas identidades” (Wendt, 1999: 231). En la misma página el autor intenta establecer una relación bidireccional entre identidades e intereses; sin embargo, a lo largo del libro y en distintos escritos, las identidades en el pensamiento constructivista tienen claramente un rol determinante en la constitución de estos últimos (Jepperson, Katzenstein, Wendt, 1996; Wendt, 1992; Wendt, 1999). Creemos que el problema del condicionamiento de las identidades por los intereses y/o viceversa, puede solucionarse estableciendo dos niveles en la constitución de

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

identidades: un nivel instrumental o táctico y un nivel estructural o estratégico. El primer nivel indicará cómo son construidas las identidades y las otredades de acuerdo a determinados intereses y quiénes son congraciados con tales o cuales modos de construcción. Por su parte, el nivel estructural o estratégico (que, creemos, se correspondería con aquello a lo que los constructivistas denominan “ambiente cultural” (Jepperson, Katzenstein, Wendt, 1996)), contemplará la configuración de las relaciones de poder en las que estas construcciones se dan y marcarán las líneas generales que señalarán, entre otras cosas, en torno a qué rasgos articuladores se podrán construir las identidades (obteniendo así identidades de tipo político, de clase, raciales, étnicas, civilizacionales, religiosas, etc., etc.).

En cuanto al último nivel, sólo diremos aquí que éste funciona como un nivel-marco, un determinado estado de las relaciones de poder que posibilita ciertos saberes, ciertos visibles y ciertos enunciables, en términos de Wendt, cierta “estructura de identidades e intereses” (Wendt, 1992). En este sentido, sostenemos que las ideas no son entidades del plano de lo sintomático, una superestructura que reflejaría una estructura económico-material, sino que existe efectivamente una estructura ideacional, pero, en oposición al constructivismo, creemos que ésta se encuentra fuertemente imbricada a y es inescindible de las relaciones de poder. Estas últimas determinarán, por ejemplo, si las identidades son construidas de un modo negativo o de un modo positivo, si son entendidas como construcciones o como datos ya-dados, si son tenidas en cuenta en los análisis, si no lo son, etc. ¿Cómo se explica sino la emergencia de los intereses intelectuales si no es a partir de cierta estructura-mundo configurada a partir de las relaciones de poder? En este sentido, podríamos afirmar que, si, a partir de la caída en desgracia de la URSS, la política se ha culturalizado (en términos de Mouffe: “lo político se expresa en un *registro moral*” (Mouffe, 2007: 12)), no debería sorprendernos la emergencia de una corriente al interior de la disciplina de las Relaciones Internacionales, que busque sus variables explicativas en el ámbito de lo cultural, –neoliberalismo mediante– “olvide” las relaciones de poder en su teorización y, finalmente, instaure el determinismo cultural como una realidad ahistórica. La historización es, precisamente, aquello que nos obliga a colocar en el centro de nuestro análisis a las relaciones de poder. De esta manera podríamos también comprender la emergencia de discursos políticos articulados en torno de lo religioso (“retorno” de las Cruzadas, enemigo definido por sus caracteres religiosos –Islam (fascista)-, etc., etc.).

Sin embargo en este apartado quisiéramos concentrarnos en la relación entre modo de construcción de identidades y efectución de los intereses nacionales, que tendrán como objetivo macro mantener o trastocar (a través del aumento de los recursos de poder) determinada configuración de relaciones de poder. Digamos, en primer lugar, que postulamos dos modos de construcción de identidades: Uno que reconoce a la identidad como particularidad, es decir, que se reconoce a sí misma como histórica y, por tanto, como portadora de intereses; y otro a través del cual la

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

identidad se presenta como universalidad. En este último caso, la identidad aparece como representante de categorías fundamentalmente éticas como ser “la humanidad”, “la civilización”, “la comunidad internacional”. Las tres son consideradas como categorías éticas porque no son categorías descriptivas, es decir, que la humanidad, por ejemplo, no es considerada como tal por sus rasgos característicos sino que dicha categoría se transforma en una categoría evaluativa a través de la cual se juzga las acciones de los otros al punto de poder llegar a la deshumanización del otro (Rasch, 2003). Este otro, entonces, será construido como un otro inasimilable, es decir, un otro que no puede ser incorporado a dicha universalidad (configurada, por supuesto, por quien tiene el poder de configurarla), siendo constituido como su reverso y abriendo la posibilidad a su exterminio (ver al respecto Feierstein, 2000). Otro modo de construcción de otredades será aquél que construya otros asimilables, es decir, otros maleables que puedan ser incorporados a la totalidad definida por el Yo. Estas otredades asimilables serán mutiladas de las diferencias de las cuales son portadoras, eliminando sus características que las hacen ser otredades. La incorporación de estas últimas, sin embargo, no se dará con carácter de igualdad, sino que serán sujetos de incorporación jerárquica, incluidos en el sistema como ciudadanos del mundo de segunda, tercera o x categoría.

Los modos de construcción de identidades y otredades a los que acabamos de hacer referencia son aquello a lo que nos referíamos como procesos de identificación. Planteados en estos términos, nos permitirán dar cuenta del uso político de las identidades postuladas como eternas y necesarias, pues un mismo otro puede ser acreedor de una otredad asimilable o inasimilable no de acuerdo a lo que es, sino de acuerdo a cómo es construido. De esta manera, Saddam Hussein pudo ser incorporado a la totalidad delineada por Estados Unidos cuando sus intereses nacionales así lo requirieron y pudo ser totalmente expulsado, siendo construido como una otredad inasimilable, también cuando sus intereses nacionales así lo requirieron. Intereses nacionales y procesos de identificación están fuertemente imbricados, funcionando los últimos como posibilitadores discursivos de la efectucción de los primeros. Lo que queremos decir es que es imposible invadir, conquistar, realizar un cambio de régimen y permanecer durante largos años en un territorio con el fin de cambiar las relaciones de poder en la región de la que éste forma parte, sin un previo despliegue discursivo que presente a dichas políticas como necesarias para la humanidad toda, por la amenaza que presentaba el *status quo* anterior. Es en este sentido que afirmamos que los distintos modos de construcción de identidades y otredades funcionan como instrumento en la realización de políticas exteriores. Asimismo, es la adaptabilidad propia de los procesos de identificación la que posibilita la formación de alianzas políticas (frente a las tan mentadas alianzas éticas) y, por tanto, las políticas de construcción de consenso.

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

A modo de conclusión

Hemos intentado esbozar algunas líneas analíticas posibles para la incorporación de las identidades/otredades en las Relaciones Internacionales. Nos parece imprescindible, a este respecto, colocar en el núcleo de la construcción de éstas a las relaciones de poder. Es esto lo que, creemos, se “olvida” desde el constructivismo dando lugar a la reificación de aquello que, precisamente, se quería pensar.

En tanto hemos pensado a las identidades desde un plano discursivo -en tanto no hemos podido escindirlas de éste- éstas se nos han presentado a través de una doble vertiente que se liga de dos maneras diferentes a las relaciones de poder. Por un lado, estas últimas marcarán las líneas estratégicas a través de las cuales las identidades podrán ser definidas, es decir, los ejes articuladores de las identidades. Por otro lado, los modos de construcción de identidades servirán a su vez como instrumentos de mantenimiento o transformación de relaciones de poder, como condiciones de posibilidad de efectuación de los intereses nacionales, delineados como tales. Para realizar esta última afirmación hemos debido hacer hincapié en el carácter histórico de las identidades, en su necesaria maleabilidad y flexibilidad, trastocando la noción de identidad por la de procesos de identificación.

Los modos de construcción de las identidades/otredades se nos han presentado, así, como un instrumento discursivo fundamental a la hora de la efectuación de los intereses nacionales y, por tanto, de las acciones de política exterior. En efecto, los modos en que nombramos y describimos al otro y a nosotros mismos nos permitirán delinear alianzas o confrontaciones que encontrarán su punto cúlmine en la posibilidad del exterminio de un otro que bajo ninguna circunstancia puede ser incorporado. De ahí la importancia que tendría, asimismo, la introducción a las Relaciones Internacionales de métodos de análisis del discurso que permitieran pensar, en un mundo en el que lo político se ha culturalizado (pero no por eso desaparecido), el rol que juega lo cultural -en tanto político- en el ámbito internacional.

Bibliografía

- Balibar, Étienne (2005), *Violencias, identidades y civilidad*. Gedisa, Barcelona.
- Deleuze, Gilles (2003), *Foucault*. Ed. Paidós, Buenos Aires
- Feierstein, Daniel (2000), *Seis estudios sobre genocidio. Análisis de las relaciones sociales: otredad, exclusión y exterminio*. Ed. Eudeba, Buenos Aires.
- Gabilondo, Ángel (1990), *El discurso en acción. Foucault y una ontología del presente*, Anthropos, Barcelona.

V Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata 24, 25 y 26 de noviembre de 2010

en el año del Bicentenario de la Patria y del Vigésimo aniversario del IRI

Octava Jornada de Medio Oriente

- Grüner, Eduardo (2005), *La Cosa política o el acecho de lo Real*. Paidós, Buenos Aires.
- Huntington, Samuel P. (1999), "La superpotencia solitaria", en *Política Exterior*, vol.XIII, No.71, sept/oct 1999, pp. 39-53
- Jepperson, Ronald L.; Katzenstein, Peter J. y Wendt, Alexander (1996), "Norms, Identity, and Culture in National Security", en Katzenstein, ed., *The Culture of National Security. Norms and Identity in World Politics*, Columbia University Press, New York, pp. 33-75.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (2004), *Hegemonía y estrategia socialista*, FCE, Bs. As.
- Merke, Federico (s/f), "Identidad y política exterior en la teoría de las Relaciones Internacionales", IDICSO, Instituto de Investigación en Ciencias Sociales, Universidad del Salvador, Bs. As.
- Mouffe, Chantal (2007), *En torno a lo político*, FCE, Bs. As.
- Odysseos, Louiza (2007), *The subject of coexistence. Otherness in International Relations*, University of Minnesota Press, London.
- Rasch, William (2003), "Human Rights as Geopolitics: Carl Schmitt and the legal form of American supremacy", en *Cultural Critique*, No.54, spring 2003, pp.120-147
- Ruggie, John Gerard (1998): "What makes the world hang together? Neo-utilitarianism and the social constructivist challenge", en *International Organization*, Vol. 52, No. 4, pp. 855-885.
- Said, Edward (1996), *Cultura e imperialismo*, Anagrama, Barcelona.
- Wendt, Alexander (1992), "Anarchy is what States Make of it: The Social Construction of Power Politics", en *International Organization*, Vol. 46, No. 2, pp. 391-425
- Wendt, Alexander (1999), *Social Theory of International Politics*, Cambridge University Press, New York.
- Žižek, Slavoj (2003): *El sublime objeto de la ideología*. Siglo XXI, Buenos Aires.